

Julio/2011

Siete Caminos Teatrales, Guanajuato

Dramaturgas mexicanas en dos tiempos

Estela Leñero

Aunque no lo parezca, las mujeres han estado siempre presentes en la historia de México. Su ausencia en las fuentes historiográficas no corresponde a su presencia en el proceso que ha construido nuestra nación. Una nación que comparte el proceso globalizador a nivel internacional, pero que padece todos los problemas de un típico país del tercer mundo. La historia la han escrito los hombres y pocos de ellos han resaltado la participación femenina. Es hasta finales del siglo veinte y principios de éste donde ha habido intentos de estudiar y redescubrir la participación femenina, particularmente en la dramaturgia. La mujer mexicana vive en un mundo dual donde el desarrollo ideológico y cultural puede ser comparable al de un país del primer mundo, pero su realidad la enfrenta cotidianamente a un nivel de injusticia social y cultural evidentes. Para las mujeres dramaturgas, entonces, el escenario se convierte en un espacio de libertad y esperanza, de realidad y sueño, de experimentación y avance.

Las mujeres se han integrando al mundo del teatro a lo largo del siglo XX. Ellas son los antecedentes inmediatos del esfuerzo femenino por incorporarse al teatro y gracias a eso, hoy por hoy las encontramos trabajando activamente en todas las áreas del quehacer teatral.

Nuestro pasado.

Los primeros treinta años del siglo veinte se caracterizaron por el resplandor de las grandes divas en los escenarios y la admiración de sus públicos. De ahí surgieron las primeras empresarias, al mismo tiempo que importantes promotoras teatrales que consolidaron el proyecto de teatro público en nuestro país. La dramaturgia femenina se desarrolló en ese siglo con mujeres que abrieron brecha en una sociedad machista donde las historias teatrales sólo eran vistas con ojos masculinos. Ellas iniciaron el camino con obras intimistas sin preocuparse por las estructuras y estilos escénicos.

La escritura dramática de principios del siglo XX también comparte el impulso nacionalista de nuestro teatro frente a la influencia del teatro español y extranjero que dominaba nuestros escenarios.

Con la intención de crear un espacio donde los autores mexicanos pudieran manifestarse, en 1923 un grupo de escritores, en donde se encontraban una gran cantidad de mujeres, impulsó lo que llegó a llamarse *La Comedia Mexicana*. Esta organización dio vida y fortaleza desde 1923 hasta 1937 al teatro de autores nacionales con la cual pudo consolidarse una dramaturgia netamente nacional. Teresa Farías de Isassi, Amalia Castillo Ledón, María Luisa Ocampo, Concepción Sada y Magdalena Mondragón, entre otras, participaron activamente en este movimiento tanto en su labor de

promotoras teatrales como de dramaturgas. Además de que varias de ellas fueron imprescindibles en el desarrollo del teatro público en nuestro país.

Las dramaturgas de los veinte incursionaron en la escritura teatral como una forma de mostrar los problemas de las mujeres de su momento. Se les reconoce más por su tesón al insertarse en el teatro como escritoras que por el tipo de obras que escribían. Sus melodramas y obras costumbristas giraban en torno a la familia, el honor y el matrimonio.

Con el fin de la Segunda Guerra Mundial, la creación teatral reflejaba las necesidades de un México que se abría al mundo de la industrialización buscando reafirmar la identidad nacional, pero también investigaba sobre la universalidad artística y plástica del hecho escénico. En los cincuenta, la dramaturgia escrita por mujeres asombra por las formas y estilos en los que incursiona, además de sus contenidos donde la mirada femenina reafirma una manera específica de ver la realidad. Las dramaturgas de esta generación transforman el nacionalismo de esa época en una necesidad de identidad. Utilizan formas nuevas y temas antes no transitados por mujeres. Rompen la linealidad de la narración, prueban estructuras dramáticas, introducen situaciones no realistas y reinterpretan personajes históricos.

Las dramaturgas de los cincuenta arriban al realismo y a un tipo de teatro más onírico, más libre, más difícil de palpar. Luisa Josefina Hernández y Elena Garro, las más sobresalientes de su época, representan dos caminos: la primera experimenta formas de contar historias, por lo general en provincia, y

la segunda hace alegorías, metáforas y construye obras más cercana a la simbología universal.

Las dramaturgas de los cincuenta sentaron las bases para las nuevas generaciones de escritoras. Además de las citadas anteriormente, recordemos a Maruxa Vilalta (teatrera incansable hasta la actualidad), Margarita Urueta, Julia Guzmán, Julieta Campos y Rosario Castellanos.

Dramaturgas del presente. Nuestras hermanas

Clasificar la dramaturgia de hoy es una tarea imposible e inútil. La pluralidad como cualidad fundamental de las escritoras de fin de siglo hace que el panorama teatral mexicano sea rico en propuestas. Más que una agrupación lineal, nos encontramos con un mosaico diverso de formas de hacer teatro. Muchas estamos interesadas por los problemas políticos y sociales de nuestro país, otras por las tormentas de nuestras mentes, hablamos del mundo infantil, o de los sentimientos más bajos del ser humano. Cada una de nosotras somos varias mujeres, y si en un tiempo quisimos usar un lenguaje minimalista, años después nos obsesionamos experimentando con los juegos de tiempo en el teatro. Si en el inicio fue el teatro del absurdo, ahora queremos descubrir qué pasa con la trasposición de realidades.

El presente nos brinda la oportunidad de transitar artísticamente por diferentes estilos y formas teatrales. La riqueza de la diferencia es nuestra mejor cualidad.

Sabina Berman, dice, que empezó escribiendo con pluma de hombre, pero que ahora puede reconocer su escritura femenina. Si antes sólo los personajes masculinos hablaban de verdades universales, hoy, la mujer es capaz de rebasar su realidad y criticar con humor los comportamientos ridículamente masculinos. *Entre Villa y una mujer desnuda*, es una obra que aborda esta problemática y que logró más de 300 representaciones con gran éxito de público y de crítica. Ella ha hablado del asesinato de Trotsky en *Rompecabezas*, o de la Inquisición en su obra *Herejía*.

Leonor Azcárate, compañera de generación y de taller durante muchos años, comparte con Sabina el gusto por la comedia, pero se inquieta por los juegos de poder en las altas esferas políticas como en *Las alas del poder*, o por una mafia de narcotraficantes como en *Trabajo sucio*. En su obra *La coincidencia*, una divertida comedia, explora arriesgadamente la yuxtaposición de espacios escénicos, y aprovechando el género, hace que las parejas compartan el mismo departamento, aunque cada una de ellas esté en su propia casa.

En el campo del teatro infantil, Berta Hiriart y Maribel Carrasco, dos polos generacionales, son las más representativas. Berta les muestra a los niños un mundo gigantesco digno de conocer, y a través de sus obras teatrales, con una pluma magistral, los lleva por mundos presentes y pasados. Su obra *Asomarse al mundo*, trata de cómo un niño se va de su casa y tiene que aprender a cuidar a otro ser lo cual, en su carácter de hombre, no le habían enseñado.

Maribel, por su parte, recurre a la estructura del cuento maravilloso para hablar de la infancia, pero no tanto de ese mundo lleno de fantasías y sueños dulces, sino el miedo en la infancia, la impotencia y el maltrato. *El pozo de los mil demonios* es una pesadilla infantil para actores y muñecos y en *Cuando el tecolote canta* aborda una leyenda mexicana.

María Morett, Verónica Musalém, Petrona de la Cruz y María Alicia Martínez Medrano, han escrito historias retomando las leyendas de nuestros antepasados para conocer lo que fuimos y mostrar por qué somos. María Morett nos habla de *La llorona*, que como *Medea*, es una mujer que mata a sus hijos por el amor de un hombre y su alma vive eternamente llorándolos. Petrona trabaja con los indígenas del sureste de nuestro país en su grupo Fortaleza de la Mujer Maya y María Alicia con los de Tabasco.

Silvia Peláez, Gabriela Inclán y Carmina Narro, van más allá de los tradicionales modelos femeninos. A Gabriela le gustan los personajes femeninos de carácter fuerte pero principalmente las mujeres manipuladoras. Silvia insiste en que el teatro sólo es uno y que no hay una escritura femenina. No está dispuesta a sentirse marginada por su carácter de mujer. Por eso sus temáticas son múltiples. Puede escribir del origen del hombre en *El guayabo peludo*, o una historia policiaca como en *Suicidio a dos manos*, premiada nacionalmente.

Carmina escarba en la mente de sus personajes y con un humor ácido nos muestra historias de desamor y desesperanza que, ante el vacío existencial, provocan una reacción violenta. *Aplausos para Mariana* es la

tragedia de una actriz alcohólica en constante conflicto con su director de escena déspota y prepotente.

Las experiencias personales han sido para Raquel Araujo y Rocío Carrillo, la materia prima de su teatro. Sus textos son elaborados a partir de trabajos de improvisación utilizando la técnica del Teatro personal de Gabriel Weiz.

La experimentación en las estructuras dramáticas es una obsesión que muchas dramaturgas compartimos. El teatro nos abre las puertas para mostrar en el escenario lo que en la vida es imposible que suceda: la trasposición de espacios, los sueños carnalizados y el manejo universal del tiempo. En este sentido, Elba Cortéz de Tijuana propone en *Dominó* una estructura muy elaborada que rompe con el realismo y la linealidad de tiempo. Afirma que, como dice Einstein “el tiempo no es reversible porque es sólo una ilusión a nuestros sentidos.”

Elena Guiochíns, por su parte, busca en su última obra, *Plagio de palabras*, la multiplicidad de espacios y tiempos. Aborda el reto hábilmente a partir de las posibilidades de un triángulo amoroso. La estructura dramática, al igual que el pensamiento, no respeta una lógica convencional y admite un sin fin de realidades contradictorias y yuxtapuestas.

Las dramaturgas del presente por supuesto que no son sólo éstas. Alejandra Trigueros, Cecilia Lemus, Dolores Espinoza, María Muro, Cristina Cepeda, Susana Robles, María Elena Aura, Norma Román Calvo y muchas más, completan el panorama teatral mexicano, el cual, como un caleidoscopio,

contiene temas, estructuras y técnicas escénicas diversas que al ponerlas en movimiento generan múltiples propuestas.

Nuestras precursoras dramaturgas de principios de siglo nos han enseñado cómo lograr una presencia teatral dentro del ámbito masculino imperante; y las dramaturgas que escribieron después de los cincuenta, han dejado constancia en los escenarios y en nuestra memoria, de cómo la mujer puede participar en el movimiento teatral mexicano innovando formas y arriesgando temas. La brecha está abierta gracias a ellas, y nosotras, las del presente, podemos continuar la labor de poner nuestro sello en la historia del teatro mexicano.

Hoy, las mujeres dramaturgas, hemos salido de lo personal para hablar del mundo que nos rodea. Hemos dejado de vernos sólo a nosotras mismas, para observar la relación con el exterior. Hoy no necesitamos hablar sólo del yo femenino para reconocernos. Estamos en todas partes, el mundo nos pertenece.